

monarcas postrados á sus piés! Esta simple ceremonia nos prueba que entre nosotros y los paganos; entre nuestras ideas y las suyas, el Cristianismo ha puesto una distancia infinita.

La ceremonia del lavatorio de los piés se llama vulgarmente el *mandato*, cuyo nombre se deriva, ya sea del mandamiento que el Salvador impuso á sus discípulos diciéndoles que hicieran entre sí lo que él habia hecho con ellos, ó bien de la antifona *Mandatum novum do vobis: Un nuevo mandamiento os doy*, que se repite entre los versículos del salmo que se canta durante la ceremonia. En esta misma antifona se contiene otro mandamiento mucho mas importante que el lavatorio de los piés, cual es el que el Salvador dió á sus discípulos cuando les dijo que se amasen los unos á los otros como él les habia amado, precepto peculiar de la religion cristiana, que nos comprende á todos. Así pues, es menester que el día del Jueves Santo, mas que en ninguna otra ocasion, nos preguntemos con toda la sinceridad de un hombre que trata de escudriñar su conciencia: ¿Amo á mis hermanos como me ha amado Jesucristo? Si vuestro corazón vacilase en responder, y sobre todo si manifestase algun rencor, alguna aversion voluntaria, ¿cómo tendríamos valor de acercarnos á Aquel que dice: *Si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano; y entonces ven á ofrecer tu ofrenda* ¹?

Tal es el oficio de la mañana del Jueves Santo, que, como hemos visto, rebosa en alegría y amor. El de la tarde, llamado *oficio de las Tinieblas*, como el de la víspera, consta de las mismas partes que éste, y vuelve á sumirnos en la tristeza y el dolor.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber instituido la santa Eucaristía, y os pido perdón de no haberme preparado dignamente á su recepcion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, haré cada mes un acto de desagravio á nuestro Señor sacramentado.

¹ Matth. v, 23, 24.

LECCION XXXVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Viernes Santo.—Objeto del oficio de este dia.—El Viernes Santo en Jerusalem.—Division del oficio.—Dos lecciones de la Escritura y Pasión.—Retrato de nuestro Señor (nota).—Oraciones solemnes ó sacerdotales.—Adoracion de la cruz.—Ejercicio útil para la tarde.—Las siete palabras del Salvador.

I. Viernes Santo.—¡ El viernes Santo! Al oír esta palabra, oprimese el corazón del verdadero cristiano, sus miembros todos se hielan de santo terror, y su imaginacion le traslada á pesar suyo á la cumbre del Calvario. Ved cómo se acerca en confuso tropel un populacho, digo mal, un pueblo, pues hay entre la multitud magistrados, sacerdotes, canosos ancianos mezclados con mendigos, mujeres y niños, todos los cuales suben tumultuosamente la montaña empujándose, atropellándose unos á otros para poder estar mas cerca del patíbulo y contemplar mas á su sabor las angustias de la Víctima. Ved aquí ahora la Víctima que sube con paso lento, debilitada por la pérdida de la sangre y el rigor de los tormentos. Dos malhechores andan á su lado, llevando sobre sus hombros el instrumento del suplicio á que han sido sentenciados. Si quereis saber cuál de los tres condenados es el Justo, no teneis mas que observar la particular severidad con que se le trata: lleva la cabeza coronada de espinas, cubierto el rostro de sangre é infames salivas, y es el blanco de los sarcasmos é improprios de la multitud.

¡ Y sin embargo, este que veis es Jesús, que pasó haciendo bien! Y entre esa muchedumbre de espectadores ansiosos de contemplar su suplicio, hay muchos á quienes ha dado relevantes pruebas de su inmensa bondad: á uno quizás le ha resucitado el padre, la madre ó la hermana; á otro le ha curado un criado ó un amigo, y á todos ha prodigado los tesoros de su divina sabiduría. Es aquel Jesús que apenas hace cinco dias entraba triunfante en Jerusalem, precedido de esa multitud que atronaba los contornos del monte de los Olivos clamando: «¡ Gloria al Hijo de David!

«¡ Bendito sea el que viene en nombre del Señor! » ¡ Y hoy esta multitud grita y vocifera frenéticamente pidiendo su sangre y su muerte !!

¿Qué ha sucedido, pues? ¿Acaso Jesús ha dejado de ser lo que era cinco días antes? No; pero el pueblo, siempre inconstante y vario, se ha mudado como la veleta á merced del viento: Entre tanto llega la Víctima al lugar de la ejecución. Vedla ya tendida, clavada, levantada en la cruz. El pueblo ríe, los escribas se encogen de hombros, los soldados juegan, en tanto que María, la Madre de Jesús, presente á este cruelísimo espectáculo, llora sumida en un mar de dolor!...

Esto pasaba hace diez y ocho siglos sobre una montaña cercana á Jerusalem. El objeto de tantos ultrajes, la víctima de tantos dolores, era el Verbo eterno, el Criador de los mundos, el Hijo único de Dios, ¡ y esto no obstante fué crucificado!!! ¡ Y todavía habrá quien repruebe el que la Iglesia católica haya prescrito un día de luto solemne para perpetuar la memoria del mayor de todos los crímenes! Desengañémonos, no es el olvido el mejor modo de expiar los delitos; á mas de que, reconocida la indudable conveniencia de prevenirlos, ¿qué mejor recurso puede darse que el de inspirar hácia ellos un santo horror por medio de una expiación auténtica, solemne y transmitida de generación en generación? La Iglesia, no lo dudeis, ha hecho con esto un gran servicio á la sociedad; pues solo así se dan al hombre saludables lecciones; solo así puede aplacarse la justa cólera de Dios.

Por esto, desde que se consumó el gran crimen del Calvario, la Iglesia, sumida en el dolor, celebra cada año el Viernes Santo en toda la extensión del mundo católico; y no contenta con esto, ha dispuesto á costa de los mayores sacrificios, que se celebre tambien sobre la misma montaña en que se cometió el atentado, para que en todos tiempos bañen lágrimas cristianas aquel suelo que en semejante día fué regado con la sangre del Salvador. Oid lo que aun actualmente pasa en el Gólgota el día de Viernes Santo; y haced cuenta que en la historia de lo presente leéis la historia de lo pasado.

«Corría el año de 1832. Asistí al oficio de la mañana, que celebraron los reverendos Padres Franciscanos con las mas patéticas ceremonias. A mediodía, toda la comunidad, precedida por el Padre guardian, comió de rodillas, consiendiendo la comida en pan y agua y algunas hojas de ensalada.

«Á las tres y media, los Padres empezaron, como en los dos días anteriores, el oficio de las *Tinieblas*. Era la última vez que «debía oír en Jerusalem la voz del profeta de Anatoth, y esta idea «hizo que me impresionara mas que nunca la fuerza y terneza de «sus lamentaciones. Sabemos todos cuán grande es la impresión «que nos causan las palabras y las lágrimas de las personas que «ridas al despedirnos de ellas, sobre todo si tenemos la íntima con- «vicción de que nunca mas volveremos á verlas: entonces el cora- «zon se nos oprime de un modo extraordinario, los suspiros se su- «ceden sin interrupción, y el llanto oscurece nuestros ojos: el «dolor que entonces sentimos difiere poco del que nos causaría la «muerte de aquellas mismas personas. Tales, pues, y aun mas «cruelos, si cabe, eran mis angustias al oír las siguientes pala- «bras de Jeremías, que tanto se avenían con el doloroso misterio «del Viernes Santo, y con los pensamientos que preocupaban mi «espíritu:

«Faltó el gozo de nuestro corazón: convirtiósese en luto nuestra «danza.

«Cayó la corona de nuestra cabeza: ¡ ay de nosotros! porque pe- «camos.

«Por esto nuestro corazón ha quedado triste, y nuestros ojos se «han cubierto de tinieblas.

«Á causa de la desolación del monte Sion, raposas anduvieron «en él.

«Mas tú, Señor, eternamente permanecerás, tu solio por gene- «ración y generación.

«¿Por qué nos olvidarás para siempre? ¿nos desampararás por «largura de días?

«Conviértenos, Señor, á tí, y nos convertiremos: renueva nues- «tros días como al principio, etc.»

«Para grabar mas profundamente en la memoria la pasión y muer- «te del Salvador, y avivar los sentimientos de compunción, grati- «tud y amor que deben excitar en el corazón de los verdaderos cris- «tianos, los Padres practican todos los años el día de Viernes Santo «una ceremonia muy conforme con el carácter de los orientales, y «que no tiene ejemplo sino en las misiones de Asia que probable- «mente la tomaron de la Palestina.

«Por medio de una figura de bulto de tamaño natural, y que por «la flexibilidad de sus miembros se presta á cualquier movimiento,

«representan la crucifixion, el descendimiento de la cruz y el entierro de Jesucristo, haciendo de este modo mas sensibles y patentes las principales circunstancias de aquellos misterios. Efectuóse esta «ceremonia, tierna é imponente á la vez, á la caida de la tarde en «presencia de una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños, «atraidos los unos por una sincera piedad, y los otros por una curiosidad enteramente profana. Los Padres de la Tierra Santa, reunidos de antemano en la capilla de Nuestra Señora, salieron á eso «de las seis, precediéndoles uno de ellos que, acompañado de los «jóvenes árabes del convento, llevaba un gran Crucifijo. Seguian «despues los religiosos y los fieles; todos con velas encendidas, caminando lentamente en dos hileras y cantando con voz aguda y «lastimera unas veces el *Stabat* y otras el *Miserere*.

«La procesion se detuvo primeramente en el altar de la *Division de las vestiduras*, y luego en el del *Improprio*, para oir algunas «palabras sencillas pero llenas de uncion que les dirigió un Padre español acerca de las dolorosas escenas de la Pasion que recuerdan aquellos dos lugares. En seguida prosiguió su camino sin «interrupcion hasta la cumbre del Gólgota. Así que llegó, el religioso que llevaba el Crucifijo lo depositó respetuosamente al pié «del altar, y el Padre español, tomando otra vez la palabra, continuó en presencia de la multitud, enternecida hasta el punto de «derramar abundantes lágrimas, la tristisima relacion de los padecimientos é ignominias del Salvador, hasta que fué clavado en «la cruz.

«Calló entonces el Padre, y habiéndose clavado la imágen de Jesús en un madero, fué levantada en alto y colocada en el mismo «sitio donde lo estuvo la verdadera cruz en que se consumó la redencion del género humano. Luego el buen Padre, con voz interrumpida y casi ahogada por los sollozos, refirió las últimas palabras y los postreros instantes de la augusta Víctima al inmolarse «en aquel mismo lugar para expiar nuestros pecados y reconciliarnos con su PADRE. Empero cada vez se hacia mas difícil oirle, porque el pueblo, sumamente conmovido con las precedentes escenas, ya no se daba cuenta de lo que presenciaba, y por otra parte las palabras del orador sufocadas por los suspiros, los gemidos «y las lágrimas, apenas llegaban á sus oidos.

«Siguióse un cuarto de hora de silencio para dar algún desahogo al general dolor, transcurrido el cual, uno de los Padres, provisto

«de un martillo y unas tenazas, subió á lo alto de la cruz, quitó de «la cabeza de la imágen la corona de espinas, y mientras que otros «religiosos sostenian el cuerpo con una toalla pasada por debajo de «los brazos, arrancó los clavos de las manos y de los piés, é inmediatamente se descendió la efigie del Redentor de la misma manera, poco mas ó menos, que fué descendido el mismo Jesucristo. «El celebrante y sucesivamente todos los demás religiosos se adelantaron en silencio, arrodilláronse y besaron respetuosamente la «corona y los clavos, que en séguida fueron expuestos á la veneracion del pueblo.

«Poco despues volvió á salir la procesion por el mismo órden con «que habia subido al Calvario. Un religioso llevaba la corona y los «clavos en un azafate de plata, y otros cuatro llevaban la efigie como cuando se va á enterrar un difunto. Al llegar á la piedra de «la *Uncion* detuviéronse todos para imitar en aquel lugar la piadosa accion de José de Arimathea, de Nicodemo y las santas mujeres, «á cuyo fin habíase dispuesto de antemano todo lo necesario. Cubrió la piedra un blanco y finísimo lienzo, y en los cuatro ángulos estaban los vasos que contenian los perfumes. Colocóse el cuerpo envuelto en un sudario sobre la piedra con la cabeza reclinada «sobre una almohada. El celebrante lo roció con esencias, quemó algunos aromas, y despues de haber orado algunos instantes en «silencio, explicó en breves palabras el motivo de aquella estacion. «Luego emprendióse nuevamente el camino hácia la Iglesia, se colocó la imágen sobre el santo sepulcro, y con otro discurso dióse «fin á la ceremonia ¹.

No menós religiosamente se celebra el Viernes Santo en todos los demás puntos de la cristiandad. Por espacio de muchos siglos se consideró y guardó aquel dia como un domingo. Aumentábanse y prolongábanse el dia de Viernes Santo las vigiliass, las mortificaciones, las santas lecturas y oraciones acostumbradas en los demás dias del año: los fieles pasaban toda la noche reunidos orando y gimiendo, segun la costumbre establecida por los Apóstoles ó por sus primeros discípulos ². Nadie sino los niños menores de siete años estaba exceptuado de aquella vigilia y de aquel ayuno extraordinario; y aun hoy dia, á pesar de la general debilitacion de la fe, apenas se encontrará

¹ *Peregrinacion á Jerusalem*, por el P. de Geramb, t. II.

² Euseb. *Hist.* lib. II, c. 17.

una familia cristiana en que hasta los niños no ayunen con gusto el día de Viernes Santo.

II. Oficio.—El oficio de este día es antiquísimo¹. Para entenderlo bien y seguirlo con devoción conviene saber que se divide en tres partes:

La primera se compone de dos lecciones de la Escritura interpoladas con la Pasion y con varios responsorios y versículos análogos á las circunstancias. La Iglesia se ha propuesto conservar en el oficio de este día toda nuestra hermosa antigüedad, que se descubre en cada palabra y en cada ceremonia. Así pues, el oficio empieza con dos lecciones, porque antiguamente todas las misas empezaban con lecciones ó lecturas de los Libros santos. Las lecciones del Viernes Santo no tienen título, por suponerse que aquel día hemos perdido á Jesucristo que es nuestra cabeza, la luz que nos ilumina, á la manera que el título esclarece el libro y la lección². En la primera Moisés refiere como el pueblo de Dios, próximo á salir de Egipto, sacrifica y comé el cordero pascual con pan ázimo y lechugas silvestres, arrebozó el vestido, calzados los piés, el báculo en la mano y á toda prisa, porque era la Pascua, es decir, el paso del Señor. El cordero pascual era la figura de nuestro Señor; y esta lección, trasladándonos á una época distante de nosotros tres mil quinientos años, nos enseña que Cristo era verdaderamente lo que es hoy, la fe y la esperanza del género humano, y que la Iglesia católica abraza todos los tiempos.

La segunda lección es del profeta Isaias, quien nos describe en ella el tipo divino, la Víctima católica, de la cual el cordero pascual no era mas que una sombra. «Es, nos dice el Profeta, como «tierno arbolillo que crece en tierra sedienta sin pompa ni hermosura: le vimos y no le reconocimos; porque fué despreciado y reputado como el mas vil de los hombres, cual si la lepra se hubiese apoderado de su cuerpo. Padeció toda suerte de trabajos y dolores. Su semblante está cubierto de tristeza; agobiado está por el peso de nuestros pecados. Por causa de nosotros, de nuestras flaquezas é iniquidades tomó sobre sí todos estos padecimientos «y humillaciones. Nuestra paz nos viene de sus angustias, y á sus llagas debemos nuestra curacion. Como ovejas nos extraviamos,

¹ S. Leo, t. II, pag. 77.

² Durand. *Rational.* lib. VI, *De die parasceve.*

«y cada uno de nosotros se desvió por su camino. Cargó el Señor sobre él todas nuestras iniquidades, y él se inmoló por nosotros en silencio. Como oveja será llevado al matadero, y como «cordero delante del que lo trasquila, enmudecerá y no abrirá su «boca¹.»

La Iglesia ha escogido de intento estas dos lecciones de Moisés y de Isaias, para hacernos ver que la Ley y los Profetas dan testimonio de su divino Esposo, y que éste es verdaderamente el objeto de los oráculos y esperanzas de todo el mundo antiguo².

Después de las profecias se canta la Pasion de nuestro Señor según san Juan. Como ya hemos dicho, este canto, de origen muy antiguo, está escrito en forma de diálogo. Los judíos, Pilatos, Herodes, los Apóstoles y Jesús mismo hablan y se responden alternativamente. Al llegar á estas palabras: *Inclinando la cabeza dió el espíritu*, cesa el canto, la iglesia queda en profundo silencio, y solo

¹ Isai. LIII. Hé aquí ahora el retrato material de nuestro Señor, tal como nos lo ha conservado y transmitido la antigüedad: Tenia un rostro bellissimo y muy animado, el cabello algo rubio, no muy espeso y un poco rizado; las cejas negras y ligeramente arqueadas. Sus ojos, de color de aceituna, brillaban con una gracia admirable. Tenia la nariz recta, la barba rubia y medianamente larga: el cabello bastante largo, pues nunca tocó su cabeza la navaja, ni la mano de hombre alguno, excepto la de su madre durante su infancia. Llevaba el cuello algo inclinado, de suerte que su ademan no era demasiado arrogante ni erguido. Su tez era de color trigueño; la cara ni redonda ni larga, sino como la de su madre, un poco prolongada y ligeramente sonrosada. La gravedad, la prudencia y la serenidad se hermanaban y resplandecian en su semblante. En una palabra, era del todo semejante á su divina é immaculada Madre.—Egregio is vivoque vultu fuit. Corporis statura ad palmos prorsus septem. Caesariem habuit subflavam et non admodum densam, leniter quodammodo ad crispas declinantem: supercilia nigra, non perinde inflexa. Ex oculis subflavescentibus mirifica prominebat gratia. Acres ii. erant et nasus longior: Barbæ capillus flavus, nec admodum demissus. Capitis porro capillos tulit prolixiores. Novacula enim in caput ejus non ascendit, neque manus aliqua hominis, præterquam matris in tenera dumtaxat ætate ejus. Collum fuit sensim declive, ita ut non arduo et extento nimium corporis statu esset. Porro tritici refereres colorem; non rotundam aut acutam habuit faciem: sed qualis matris ejus erat, paulum deorsum versus vergentem ac modice rubicundam: gravitatem atque prudentiam cum lenitate conjunctam, placabilitatemque iracundiæ expertem præ se ferentem. Persimilis denique per omnia fuit divinæ et immaculatæ suæ Genitrici. (Niceph. Callixt. lib. I, c. 40). Las pruebas de la autenticidad de este relato se hallarán en la *Hist. famil. sacr.* por Sandini, c. 17, pag. 287 y sig.

² Durand. lib. VI, *De die parasceve.*

se oye el ruido de los fieles que se postran y besan la tierra que el Salvador regó con su sangre.

La segunda parte del oficio se compone de las oraciones *solemnes* ó sacerdotales, que solo el Viernes Santo se rezan públicamente. Son diez en número y muy antiguas. San Leon nos dice que en su tiempo se rezaban donde quiera que habia penetrado la fe cristiana ¹, añadiendo que las cree de institucion apostólica. El sacerdote desde el altar, doblando la rodilla y extendiendo los brazos á cada oracion, ruega: 1.º por toda la tierra y por la santa Iglesia; 2.º por nuestro santo padre el Papa; 3.º por el obispo de la diócesis; 4.º por todos los ministros sagrados y por todos los fieles; 5.º por el rey; 6.º por los catecúmenos; 7.º por el remedio de todos los males espirituales y temporales; 8.º por los herejes y cismáticos; 9.º por los judíos; 10.º por los paganos é idólatras.

La Iglesia, para manifestar el horror con que mira á los apóstatas voluntarios, y para distinguirlos de los fieles que permanecen en su seno gozando de los beneficios de su comunión, prohíbe á sus ministros que hagan mencion de ellos en las oraciones públicas; pero exceptúa de esta prohibicion el oficio del Viernes Santo por ser el día en que Jesucristo murió por todos los hombres. ¡Oh! sí; el Viernes Santo es el día del gran perdon: aquel día la Iglesia nuestra madre, para darnos ejemplo á todos, suspende sus santas y sabias prescripciones, y Jesús, nuestro padre, desde lo alto de la cruz nos enseña á rogar por los que nos han ofendido, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* ².

Al terminar cada oracion el celebrante dice: *Flectamus genua: Hinquemos las rodillas*; y el diácono responde: *Levate: Levantaos*. Mas al rogar por los judíos que dieron muerte al Hijo de Dios, el sacerdote se abstiene de doblar la rodilla, en demostracion de horror al pueblo deicida.

La tercera parte del oficio es la adoracion de la cruz ³. Concluidas las oraciones sacerdotales, los levitas y diáconos de dos en dos, y los sacerdotes con capas negras, todos descalzos, van á buscar la cruz al extremo de la iglesia. Dos diáconos llevan en brazos el árbol sa-

¹ S. Leo, *Epist.* t. II, pag. 77.

² Luc. xxiii, 34.

³ Juzgamos ocioso advertir que los católicos no *adoran* la cruz, sino á Dios que murió en ella.

grado, y se encaminan lentamente hácia el altar. ¿Qué otra ceremonia pudiera representar mas al vivo el tránsito del Señor por la via dolorosa en direccion al Calvario? Para completar esta lúgubre representacion, mientras van acercándose al santuario, dos diáconos ó dos sacerdotes cantan ciertas palabras que expresan el amor inefable de que Jesús estaba poseido cuando subia al lugar de su suplicio. Estas palabras se llaman *improperios*, es decir, *tiernas reconvenciones* que el corazon de Jesús hacia á los judíos que le llevaban al suplicio.

Hélas aquí:

«Pueblo mio, ¿qué te he hecho yo? ó en qué te he entristecido? «respóndeme.

«¡Por qué te saqué de la tierra de Egipto, preparaste una cruz «para tu Salvador!»

Al comparar la inmensa bondad del Redentor con la imponderable perversidad del pueblo judío, la Iglesia, enternecida y oprimida por el dolor, profiere, cual hondo suspiro, este acto de adoracion y amor: «¡Santo Dios! ¡Santo fuerte! ¡Santo inmortal! ¡ten misericordia de nosotros!»

Estas palabras se cantan en griego y en latin, con lo que la Iglesia nos muestra su catolicismo, pues quiere que todos los pueblos y todas las lenguas adoren y amen con ella. Parece tambien que la Iglesia quiere significar con esto que no basta una sola lengua para expresar su dolor é invocar á Dios ¹.

Al llegar á la puerta del coro, los dos diáconos prosiguen diciendo: «Porque te conduje cuarenta años por el desierto, y te alimenté «con el maná, y te introduje á una muy deleitosa tierra, preparaste «una cruz á tu Salvador.»

¹ Segun Benedicto XIV, con estas palabras la Iglesia alude tambien á un suceso que se refiere en el Menólogo de los griegos. Cuéntase que bajo el imperio de Teodosio, la ciudad de Constantinopla sufrió un espantoso terremoto; que el emperador y el patriarca se postraron para pedir misericordia clamando *Kyrie eleison*; que un niño fué levantado en el aire, cayó gritando al pueblo que cantase el siguiente trisagio: *Sanctus Deus, Sanctus fortis, Sanctus et immortalis*, y en seguida murió. Esta oracion se extendió mucho en la Iglesia de Oriente, y despues en la latina, que tambien la adoptó.— *Ea vero hac die præsertim utitur latine, ut propriam suam linguam adhibeat. Græce vero etiam, ut alludet illi divinæ voci, quam puerum illum diximus Constantinopoli edidisse.* (P. 251, n. 136).

Y el coro responde: «¡Santo Dios! ¡Santo fuerte! ¡Santo inmortal! ¡ten misericordia de nosotros!»

Cuando están en medio del coro, los diáconos se ponen de rodillas y continúan: «¿Qué mas debí hacer por tí, y no lo hice? Yo te planté como viña mia hermosísima, y tú te has hecho para mí muy «amarga; porque con vinagre apagaste mi sed, y traspasaste con «una lanza el costado de tu Salvador.»

Y el coro responde: «¡Santo Dios! ¡Santo fuerte! ¡Santo inmortal! ¡ten misericordia de nosotros!»

Aquellos sacerdotes y diáconos que se postran tres veces mientras llevan la cruz, nos traen á la memoria á nuestro Salvador que tambien cayó tres veces cuando llevaba sobre sus hombros el pesado instrumento de su muerte. En esta parte del oficio todo son imágenes, todo habla á los sentidos: es una especie de delirio de dolor y amor á un mismo tiempo. Sobre todo estas palabras tan sencillas que se repiten con frecuencia: *Pueblo mio, ¿qué te he hecho yo?* serían capaces de ablandar un pecho de bronce.

La cruz, esto es, la gran Víctima, está ya en el altar, es decir, en la cumbre del Calvario. Solo falta mostrarla al pueblo, á cuyo fin el sacerdote descubre una parte del árbol de salvacion, y dice: *Ecce lignum crucis: Ved aquí el madero de la cruz.*

El coro responde: *In quo salus mundi pependit, etc.: Del cual estuvo pendiente la salud del mundo: venid, adorémosle.*

Luego acercándose el sacerdote al centro del altar, y descubriendo el brazo derecho de la cruz, repite: *Ecce lignum crucis: Ved aquí el madero de la cruz.*

Y el coro repite tambien: *Del cual estuvo pendiente la salud del mundo: venid, adorémosle.*

Por último, puesto el sacerdote en medio del altar, dice por tercera vez, levantando mas la voz: *Ecce lignum crucis: Ved aquí el madero de la cruz.*

Y entonces muéstrase la cruz entera al pueblo cristiano, que desde muchos dias solo ha podido ver el Crucifijo cubierto con un velo, y que lo contempla ahora con la cabeza coronada de espinas, las manos y los piés traspasados con clavos, el costado abierto con el hierro de una lanza; y todos, reyes, pontífices, cardenales, arzobispos, obispos, ancianos del santuario, monacillos, fieles, ricos y pobres, van á adorar con los piés descalzos el madero redentor. Parece que vemos entonces entrar á unos hijos desconsolados en el aposento

mortuorio donde yacen los restos inanimados del jefe de la familia, y besar con respetuoso dolor aquellos venerables despojos. Junto al Crucifijo hay un plato de cobre donde el rico y el pobre depositan sus limosnas; porque en los dias de dolor no es posible olvidarse de los pobres ¹.

Al tiempo de ir á adorar la cruz, ¿quién no se figura que sigue la via dolorosa que el Salvador trazó con su sangre? Abramos los oidos de nuestro corazon á estas tiernas reconvenciones dirigidas á los cristianos aun mas que á los judíos, y que cada uno de nosotros se las aplique á sí mismo: *Pueblo mio, ¿qué te he hecho yo, ó en qué te he entristecido? respóndeme.* ¡Alma cristiana, hija mia y amada mia, yo te libré de la cautividad y te alimenté con el maná, y tú has preparado una cruz para tu Salvador! Yo te he protegido y guardado como las niñas de mis ojos; ¿qué mas podía hacer por tí? y tú has preparado una cruz á tu Salvador! Y el corazon se nos llenará de dolor y amor; acudirán las lágrimas á nuestros ojos, y si todavía podemos hablar, saldrán de nuestros labios las mas tiernas palabras: y á semejanza del Centurion, bajaremos del Calvario hiriéndonos el pecho, detestando nuestras ingratitudes y resueltos á morir antes que contristar á un tan buen Padre.

Después de la adoracion, se sacan con fúnebre silencio las sacrosantas especies del sagrario; el sacerdote comulga, luego se cantan las Vísperas en tono grave y lúgubre, y con esto queda terminado el oficio de la mañana.

III. Las siete palabras del Salvador.— Á las tres de la tarde, no dejéis de ir á adorar á nuestro Redentor. En ciertos paises, al acercarse esta hora solemne, los fieles acuden en gran número á las iglesias. Todos ruegan, todos piden perdon para sí y para sus hermanos, y cuando el reloj da las tres, todos á una vez se postran y besan el pavimento del templo. Entonces se hace un ejercicio muy útil que consiste en la meditacion de las siete palabras que Jesucristo dijo estando en la cruz. Vamos á explicar sucintamente estas palabras, manifestando que ellas forman el testamento del Salvador, el resumen de toda la Religion y por consiguiente la base de todos nuestros deberes y la prenda de nuestra felicidad temporal y eterna.

¹ Cuadro poético de las fiestas, pág. 150. Véase tambien las *Tres Romas*, donde se explican todas las ceremonias de la Semana Santa.

1.^a *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.* Jesucristo está clavado en la cruz; el crimen de los judíos no puede ser mas evidente; y sin embargo, ruega por todos ellos sin distincion y los excusa con la ignorancia en que están del gran atentado que acaban de cometer; dándonos así ejemplo de lo que nos ha prescrito en el Evangelio: Rogad por vuestros perseguidores; amad á vuestros enemigos. El perdon de las injurias, el amor á nuestros enemigos, base de la sociedad, porque lo es tambien del derecho público y privado; tal es el primer artículo del testamento de nuestro Padre.

2.^a *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Mientras que todos insultan á Jesús, ó le niegan y abandonan, uno de los dos ladrones le dice algunas palabras llenas de fe y confianza. Esto basta para que Jesús le perdone toda una vida de iniquidades y le prometa que hoy estará con él en la mansion de los bienaventurados. Todo cuanto se ha dicho acerca de la infinita misericordia de Dios, es nada en comparacion de esta sola promesa. La infinita misericordia de Dios para con el pecador arrepentido, la entera confianza del pecador arrepentido en la misericordia de Dios, base del orden moral; tal es el segundo artículo del testamento de nuestro Padre.

3.^a *Mujer, hé aquí tu hijo; hé aquí tu madre.* Jesús, próximo á morir, todavía piensa en su santa Madre. Confíala á su discípulo amado, y la consuela diciéndole que tendrá otro hijo en lugar del que va á perder; y para interesar mas á san Juan en favor de María, le dice que le amará como una madre. El amor constante de los hijos para con sus padres, el amor no menos constante de los padres para con sus hijos, base de la familia; tal es el tercer artículo del testamento de nuestro Padre.

4.^a *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado?* En el huerto de los Olivos el Salvador se sometió enteramente á la voluntad de su Padre, y desde entonces lo ha soportado todo con la mansedumbre de un cordero. ¿Ha perdido ahora su resignacion? No, que solo trata de manifestarnos toda la magnitud de su dolor, para que no dudemos que ha padecido, para que sepamos cuánto nos ha amado, y para que sepamos á quién debemos acudir en nuestras tribulaciones. Así pues, la cristiana resignacion en nuestras penas, base de la paz pública y privada, base de toda verdadera virtud, y por consiguiente de todo verdadero mérito; tal es el cuarto artículo del testamento de nuestro Padre.

5.^a *Sed tengo.* Al tiempo de morir por la salvacion de los hombres, nuestro Señor dirige sus miradas hácia lo futuro: ve una inmensa multitud de almas que no harán ningun caso de sus padecimientos ni de su amor, y á tan lastimoso espectáculo exclama: Tengo sed: tengo sed de ultrajes y de dolores: padezca yo en la cruz hasta el fin del mundo si necesario es para salvar algunas otras almas. Así pues, el amor de las almas, base de todas las relaciones sociales; tal es el quinto artículo del testamento de nuestro Padre.

6.^a *Cumplido está.* Mi Padre está glorificado, el imperio del demonio ha finido, el hombre, si quiere, está salvado. Así pues, el celo continuo por hacer todas las cosas segun nuestro estado y la voluntad de Dios, base de la perfeccion individual; hé aquí el sexto artículo del testamento de nuestro Padre.

7.^a *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* He vivido por mi Padre, y por mi Padre muero; hé aquí el compendio de toda mi vida, el secreto de mi venida al mundo y de mi partida. Así pues, la salvacion de nuestra alma; tal es el séptimo y último artículo del testamento de nuestro Padre.

¡Qué ancho campo para la meditacion ofrecen estas siete palabras!

El oficio de la tarde se llama de las *Tinieblas*, como el de los dias anteriores, y reinan igualmente en él el luto y la tristeza. La lúgubre voz de Jeremías y los gemidos de las santas mujeres resueñan bajo las bóvedas del templo: la Iglesia es entonces una viuda que llora sobre el sepulcro de su esposo.

Oraçion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy de haber hecho morir por salvarme á vuestro único Hijo: no permitais que haga infructuosos para mí los méritos de su Pasion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, rezaré todos los viernes á las tres de la tarde cinco Padre nuestros y cinco Ave Marias en reverencia de las cinco llagas de nuestro Señor Jesucristo.

¹ Véase la obra de Belarmino, *De septem verbis*, etc., y la de san Alfonso de Ligorio, *La pasion segun los cuatro Evangelios*, etc.